



NÚM. 75





FEAS ARTES

VII

PROCEDIMIENTOS MENORES.

EL DEL SUEÑO — EL DEL DESMAYO — EL DE LA BOLITA

Si alguna vez, lector, Morfeo te sorprende en cierto lugar á donde no debieras haber acudido... No, no es de este modo como debo comenzar. Si alguna vez duermes, cosa mal hecha, por cierto, en... Tampoco es así. ¿Cómo demontres me expresaré? Es más difícil de lo que parece poner á ustedes al corriente de que pululan por ahí hembras que, cual engañadoras sirenas, atraen á los hombres, los enamoran, enloquecen y fascinan, y cuando el deleite los rinde y duermen como cachorros, aprópianse las tales hembras no de su existencia como las sirenas, que para nada les hace falta, pero sí de cuantos objetos de valor poseen aquéllos, mas del dinero que hallan en sus bolsillos.

Tan difícil me parece dar á comprender todo esto que no me atrevo á hacerlo. Consuélame el saber que continuamente todos los periódicos noticieros dan la voz de alarma á los incautos con notas parecidas á ésta: «Anoche un forastero, bien trajeado, fué víctima del *procedimiento del sueño* en la calle, piso, etcétera, donde pernoctó entre gente de dudosos antecedentes. Cuando, después de descansar varias horas, volvió en sí, averiguó que de todo lo que poseía al entrar en aquella mansión de amor, sólo le quedaba la ropa interior y un zapato, con el cual amenazó, sin resultado, á las paredes, únicos testigos de su desesperación.»

Las señoras que se dedican á este procedimiento alternan con chulos y matones de reconocido mérito *artístico*, con los que á diario *juerguean* y gastan el producto de su *trabajo*. ¿Que por qué no se las retira de la circulación como á las monedas borrosas? ¿Quién sería capaz de contestar á eso? Tal vez porque no desaparezca del mundo una de las FEAS ARTES, lo que ocurriría, seguramente, cuando se encerrara para siempre á esas artísticas figuras.

El del *desmayo* es otro procedimiento *artístico-jeo* que suele dar también excelentes resultados, cuando los que lo explotan están bien adiestrados.

Pasa usted, lector, por una calleja, y ve á una joven que vacila, se para, vuelve á andar, y acaba por apoyarse en una pared. Está pálida, temblorosa, y es guapetona... La luna, allá arriba, alumbrá la escena para que nada pierda usted de ella; á lo lejos los faroles del alumbrado público, aburridos, no alumbran nada... ¡Oh! qué interesante es todo esto! La joven comienza á ser presa de un temblor terrible: adivina usted que piensa entre sí: «¡Ay! á mí me va á dar algo.» Y por fin le da, y usted acude presuroso al sitio de la ocurrencia y sostiene en sus brazos á la infeliz, víctima de un accidente nervioso, que se estremece como una anguila y le agota á usted las fuerzas.

No pasa un alma... Si acertase á transitar alguien que le ayudase á usted en su benéfica empresa... Pues *acierta* ¡vaya si acierta! (Quien no ha acertado es usted, como se verá luego, al socorrer á la dama). Desde la acera de enfrente corre veloz un sujeto al lugar de la ocurrencia.

—¿Qué es eso? — pregunta. — ¿Fallece esa joven? ¿Verdad que está dando las boqueadas? Ya no late su corazón... ¡infortunada! Llorémosla.

—No tanto... Le ha dado un síncope. Ya va recobrando la razón.

—¡Desgraciada! Sí, ya abre un ojo y la boca; ya da puñetazos. ¡Esto va bien!

—¿Dónde estoy? — interroga la interfecta con cierta languidez. — ¿Cómo están ustedes aquí?

—Buenos, gracias. Pues está usted á la intemperie; con nosotros.

—¡Ah! ¿Y quiénes son ustedes?

—Pues unos... ahí verá usted. Al señor y á mí nos gusta proteger á los sincopizados. Conque ¿se halla usted mejor? ¿Quiere usted agua con aguardiente? ¿Le descubrimos el pecho?

—¡Ca, no, señores; hace mucho frío. Noto que estoy más fuerte. Dispensen, ¿eh? Me voy, porque es ya tarde y me esperan. Disimulen, repito; ya saben, agur y... agradeciendo.

Y se marcha. El otro protector también desaparece y usted sigue su camino y se le ocurre mirar la hora .. Sí, sí; como no se guíe por las estrellas .. Contétese con adquirir el convencimiento de que su reloj también ha desaparecido. Pero no se encohere, por Dios, no sea que acabe usted por sufrir un síncope, que sería el único auténtico de este capítulo.

Algunas veces los que se desmayan son niños. Estos eligen de antemano sitios por los que transite mucha gente y el momento en que en ellos haya mayor animación y caen desplomados de tan admirable modo que su caída llega al alma de cuantos la presencian quienes acuden á él presurosos.

—¡Lástima de chico! Tan morenito y ya sin conocimiento...

—Debe de sufrir graves contratiempos. Tal vez amores contrariados... Porque ahora progresan mucho las criaturas.

—Lo que es que debe haberle disgustado perder el peón, ó el chito, ó la pelota... Porque miren ustedes cómo bracea.

Por fin el pequeño vuelve á la vida; recobra el uso de la palabra y explica elocuentemente tales lástimas que alguien de los que le oyen propone una cuestación para procurar remediarlas, contribuyendo con su óbolo la mayoría de los presentes. Otros más sensibles, aunque menos dadivosos, lloran y no dan nada. Y se prodiga el caso de que no puedan secarse las lágrimas, porque algunos camaradas del paciente, aprovechándose del barullo y dando suelta á sus mañas, afectados por la desgracia que han presenciado, se han ido á gemir á otra parte con los pañuelos de aquéllos.

* * *

El procedimiento de la *bolita*, no por ser viejo deja de ser productivo. Los que lo explotan recorren las afueras de las capitales. Como los prestigitadores modernos, pocos aparatos necesitan para su *arte*; bástanles tres muy pequeños cubiletes y un trozo de papel que convierten en *pelotilla*. Donde el dueño de estas cosas comprende que *ha de caer* alguien, coloca los cubiletes sobre un banco de piedra ó sobre una peña. Dos individuos sacuden y juegan. ¡Qué suerte tienen! Casi siempre ganan.

—¿A que no aciertan *ustés ande* está la *bolita*?— pregunta el *banquero*, manejando los cubiletes con gran rapidez, al propio tiempo que cambia la *pelotilla* de uno á otro tan torpemente que se ve donde queda.—¿A que no? ¿Vaya que no? Apuesten lo que quieran... *Lo se azmite*.

—Vayan dos pesetas. Ahí... — señala uno de los *puntos*.

Alza el *banquero* el cubilete... ¡Allí mismo está! El *punto* ha ganado.

—¡Maldita sombra! ¡Pero que *tién ustés* hoy mérito, de verás. Me van á hacer perder hasta la *camisa*.

Van llegando curiosos. Alguno de ellos, animado por la ganancia de los *puntos*, arriesga algunas pesetas y también gana. Después juega *piezas de á duro* y entonces si que ya no acierta ni una sola vez.

Los otros curiosos han despejado el campo; sólo quedan allí el *banquero* y los *puntos*. El que ha llegado últimamente ve como la *bolita* queda bajo determinado cubilete, siempre lo ve; pero al alzarse aquél... vamos, resulta que era una ilusión óptica; porque siempre, también, la *pelotilla* aparece bajo otro cubilete. Para que no se crea en milagros...

Por fin pierde el mísero *punto* final cuanto dinero llevara, mientras los *puntos* primeros, más afortunados, siguen ganando de vez en cuando. Pero no hay

que apurarse; ¿lleva reloj ó sortijas? Pues puede seguir jugando. El *banquero*, compadecido de él, le da la revancha. Tasa la alhaja con admirable golpe de vista, y bien benignamente, en mucho más de lo que vale... y también la gana.

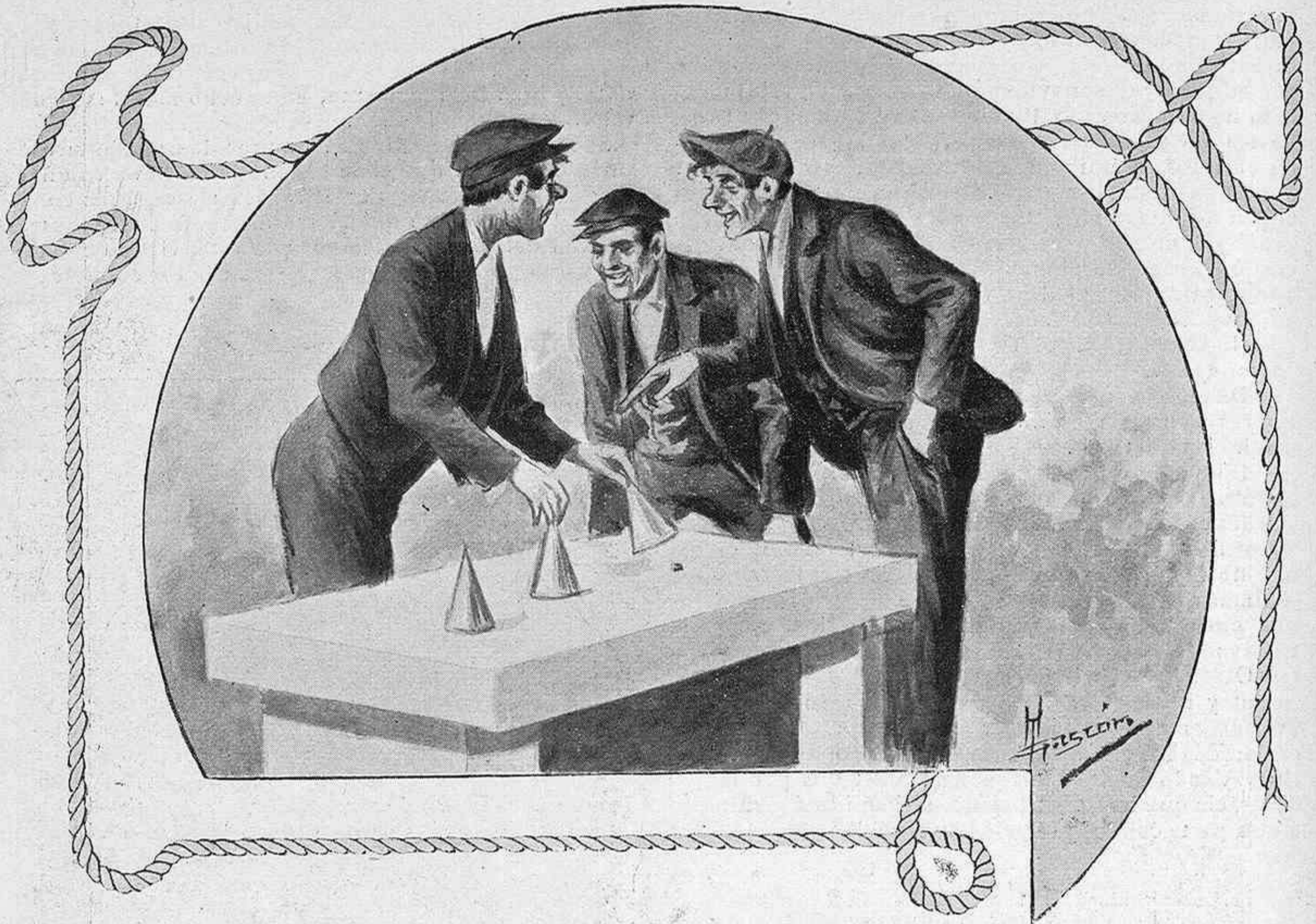
Sucede que el *perdidoso*, aunque demasiado tarde, suele descubrir que el de los cubiletes lleva las uñas excesivamente largas y en ellas oculta, según le conviene, la *pelotilla*. Y quiere arremeter, furioso, contra el autor del *timo*, al tiempo que éste, viendo que de allí ya no puede sacar nada, se guarda los cubiletes y



columbrando á lo lejos lo que sólo existe en su mente, dice con misterio:

—Allá abajo se ven los del orden... Señores, yo me *najo*; no estoy *pa* belenes. Ya volveremos á ver nos.

—Usted no se va de aquí, — grita el *desplumado*



pretendiendo detenerle—si antes no me reintegra lo que me ha robado.

Pero los *puntos* primitivos, aquellos seres apacibles se le echan encima y mostrándole unos puñalitos bien afilados, le dicen mientras le sujetan y favorecen la huida del otro:

—Déjele *usté* en paz, hombre; que se largue. Y no grite, porque *pué* ser que después de haber *perdío* lo

perdío, pierda *usté* también la vida, y no estamos *pa dir* de entierro. Conque un poquito de silencio, que aun se la *pué* *usté* ganar, y... algo es algo.

Dicho lo cual, los dos *puntos* se las guillan, dejando perplejo al otro *punto*, como *punto* de admiración.

JULIO VICTOR TOMEY

Ilustraciones de T. GASCÓN.

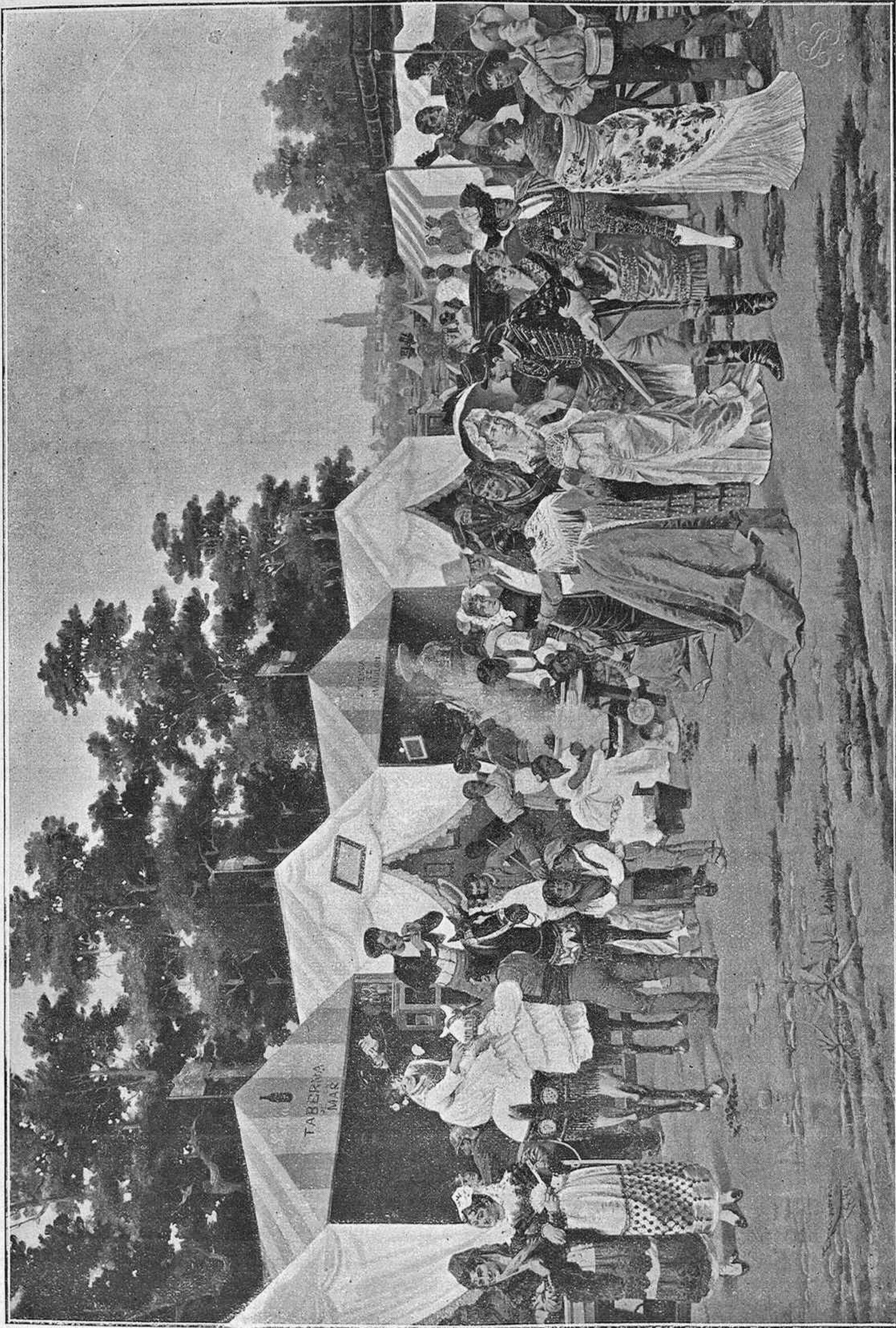
ALMA LIBRE

¡Apartaos de ahí!... Dejad que en calma su alma noble y ya libre tienda el vuelo. La espera Dios, que para honrar el alma de esta mujer ha engalanado el cielo. Ni torpe afán ni mundanal miseria morir hicieron su esplendor divino, y, desligada, al fin, de la materia, torna al lugar hermoso del que vino. ¡Fuera! El cuerpo murió... Lo humano sobra. Esa angustia fingida y ese llanto, producen, al final de vuestra obra, indignación y espanto... Unos por malos y otros por pequeños, todos tendísteis á matar sus sueños, y en la lucha implacable y fatigosa que de terror al inocente llena, la envolvió el odio de unos, por hermosa; de otros la envidia y el rencor, por buena. Y á traición cada cual, cuando podía, su corazón con avidez buscaba. y en él, sin duelo, su puñal hundía... Ella, infeliz, en derredor miraba con ansia de encontrar la oculta mano que sin motivo y en la sombra hería. ¡Inocencia sin par! ¡Empeño vano!

¡No pudo nunca esclarecer sus dudas, pues siempre guarda el corazón villano, tras el golpe fatal, besos de Judas! Y, combatido con feroz denuedo por torpes odios y pasiones malas, sintió el ángel, al fin, cansancio y miedo, dobló la frente y recogió sus alas... Y así aguantó vuestro feroz asalto, con esa fe que en la virtud se encierra y que, poniendo la mirada en alto, aparta poco á poco de la tierra. Libre está ya la que, al dolor sumisa, con paciencia sufrió su triste suerte... ¡Aún tiene entre sus labios la sonrisa que es el rayo de luz del alma fuerte! ¡Aún dice su semblante sosegado que la pureza la sirvió de escudo, y que, á pesar de vuestro ataque rudo, ¡no habéis vencido aunque la hayáis matado! ¡Conque, fuera de aquí!... Dejad que en calma su alma noble y ya libre tienda el vuelo... ¡La espera Dios, que para honrar el alma de esta mujer ha engalanado el cielo!

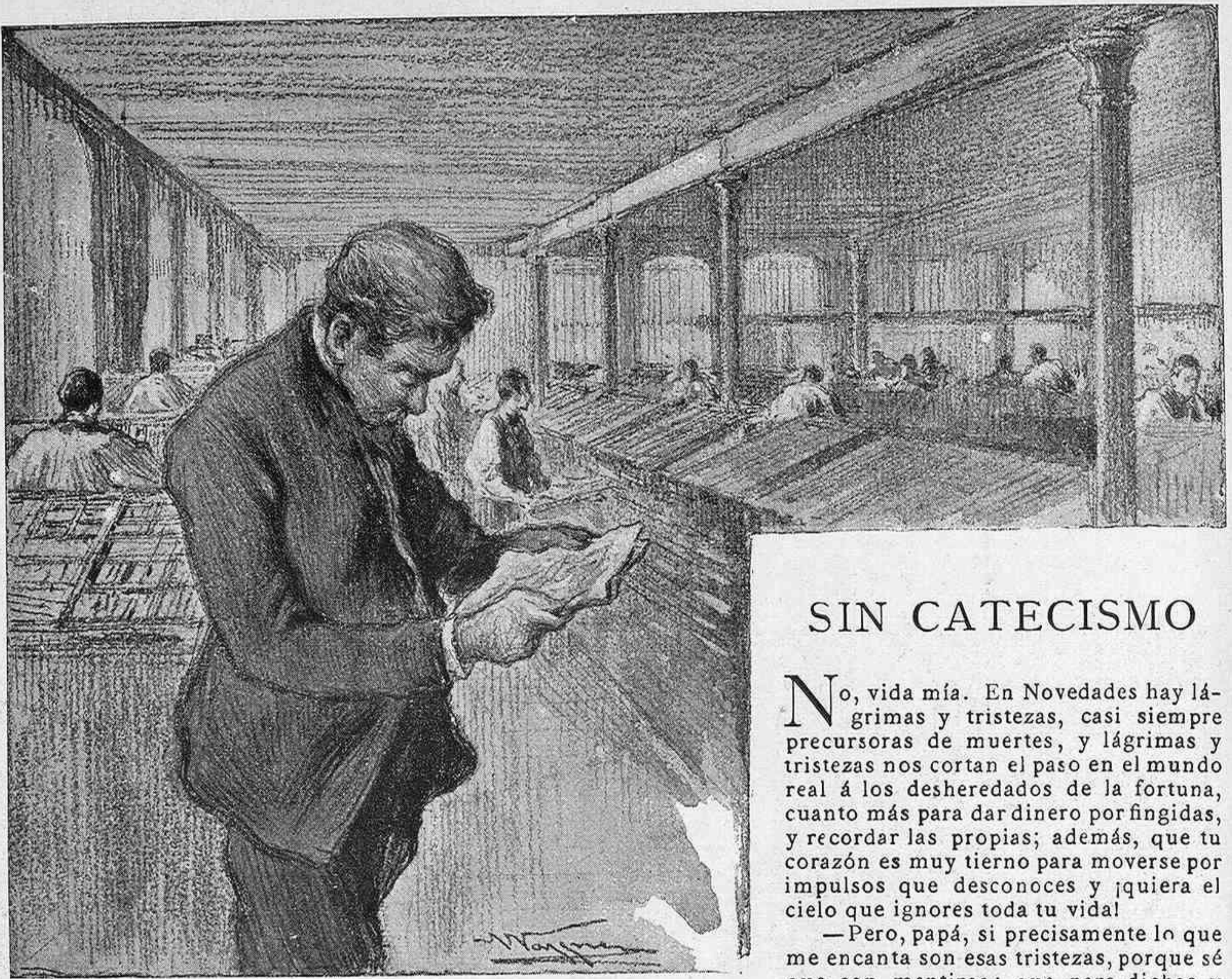
Luis DE ANSORENA

E. RUMOROSO



LA FERIA DE SEVILLA.

Fot. de J. Laurent y C^a



SIN CATECISMO

No, vida mía. En Novedades hay lágrimas y tristezas, casi siempre precursoras de muertes, y lágrimas y tristezas nos cortan el paso en el mundo real a los desheredados de la fortuna, cuanto más para dar dinero por fingidas, y recordar las propias; además, que tu corazón es muy tierno para moverse por impulsos que desconoces y ¡quiera el cielo que ignores toda tu vida!

—Pero, papá, si precisamente lo que me encanta son esas tristezas, porque sé que son mentiras; que para dichas y venturas me basta con tus cariños.

—Y piensas bien. Anhelos, esperanzas, ilusiones, toda la vida del alma la concreté en la niña de mis ojos, y mis afanes fueron verla como tu eres, buena, inocente, candorosa... Pero ¿ves? Siempre que hablamos de esto, te entristeces, lloras, y... yo también, sin querer...

—Qué bueno es usted, y yo...

—Basta, hija, basta, no hagamos dramas de Novedades. Me voy a mi trabajo. Tiempo tenemos durante el día de pensar en la noche.

Y el menestral salió de su casa. Satisfecho de la vida, dispuesto como siempre al desempeño fiel del doble carácter que se había conquistado con la inteligencia de su trabajo de regente y corrector de una imprenta, llegó a ella. En seguida y por su orden, empezaron a moverse en aquel local inmenso, venas de sangre y arterias de hierro; volantes y vielas con zumbido de aveja, en el instante preciso de su labor misteriosa; rodillos que prestan su savia al molde que difunde el pensamiento humano, produciéndose esa confusión armónica del flujo y reflujo de tipos que sacuden el polvo de las cajas y sirven para nervio de la idea; de galeradas que van y vienen, composiciones que se ajustan y el olor acre del sudor de las máquinas.

El tiempo estaba tasado. Apenas faltaba una hora para la salida de «Los sucesos del día».

Con cuidadosa diligencia ordenaba el laborioso operario los originales, y después corregía las pruebas y daba el orden de ajuste, hasta llegar a la noticia sensacional, al *clou* del día, que un activo *reporter* acababa de llevar. Decía así:

EL CRIMEN DE HOY

«En las primeras horas de la tarde y en cierto templo de favores, ha perecido estrangulada a manos de un amante de ocasión y entre los vapores de la borrachera y de la orgía, la famosa aventurera Nina. Es difícil encontrar en los anales de crímenes célebres, ninguno tan estúpido como el que nos ocupa. Un hombre borracho; una mujer bonita; tentaciones del deseo; repulsas de asco; irritaciones furiosas que se desfogan, y eso es todo. Como la vida de esta desgraciada Mesalina estuvo siempre circundada de cierto misterio, son muchos los comentarios que se hacen, que la natural prudencia nos impide reproducir.

»El Juzgado se presentó en seguida en el lugar del suceso, disponiendo la traslación del cadáver al depósito judicial. Las ropas interiores de la desgraciada tenían las marcas C. R.»

¿C. R? Coincidencia más extraña. ¿C. R?... Y el pobre hombre quedó largo rato sus ojos fijos en el papel, sin distinguir más letras que las iniciales indicadas, latándole horriblemente el corazón, y golpeándole en la cabeza la duda de una sospecha, que rechaza apenas iniciada, y que tenazmente se repite, tomando alas para formar el presentimiento sombrío de un infierno que se avecina en su alma. ¡C. R! No; no puede ser. Casualidad maldita que quiere turbar la tranquilidad de un padre amante, como si fuera posible que engendros del mal mancharan los blancos cendales de la pureza. ¡Nina! La aventurera escandalosa, la flor del lupanar, ¿qué tiene que ver con la hija honrada del viejo obrero que sólo por ella y para ella vive?

Y apenas sin mover los labios, sin quererse oír, como el que dice una oración sin conciencia, repetía el pobre hombre:

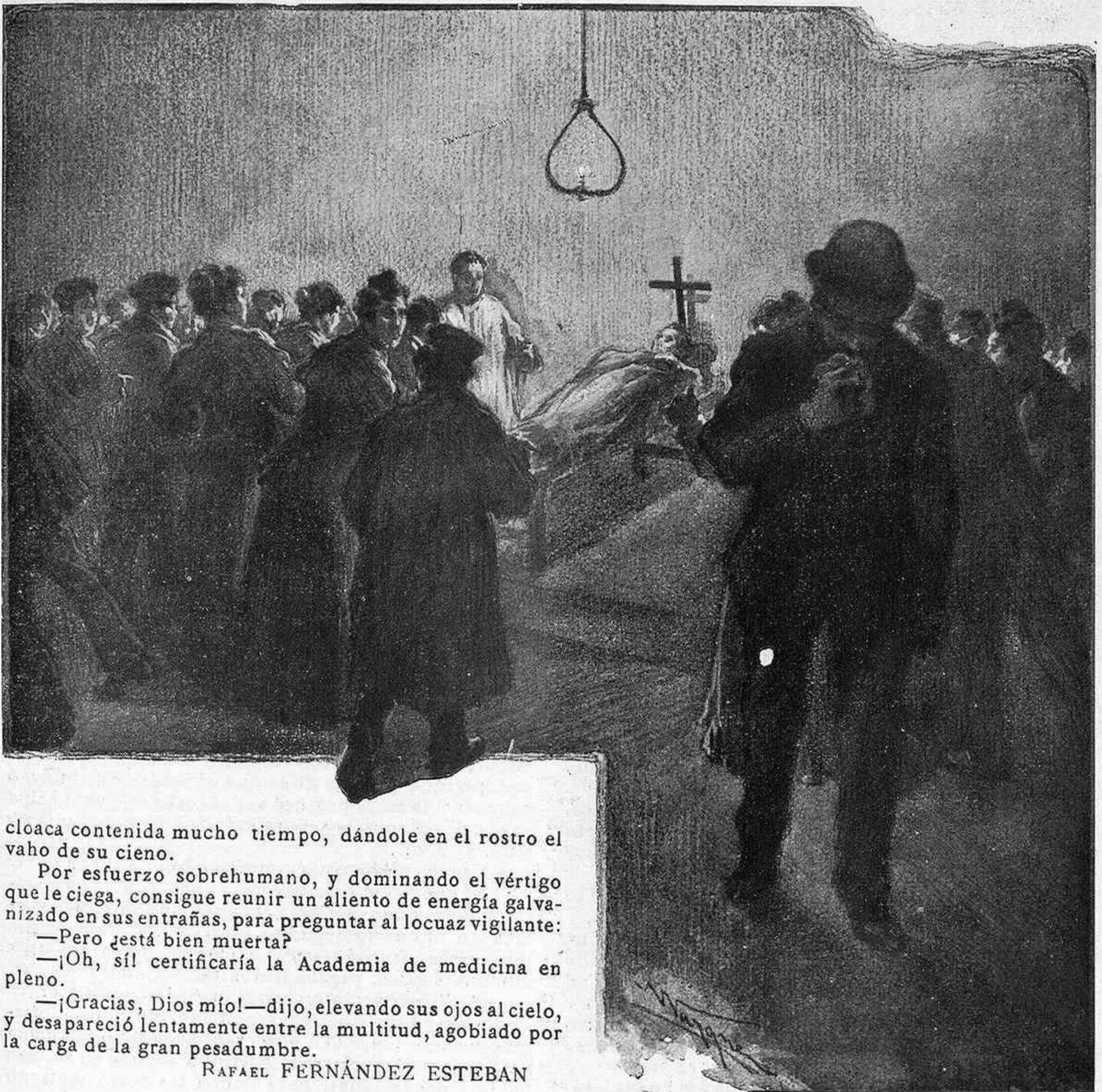
—¡Carmencita... Nina... Imposible, imposible!

No pudo continuar su labor. Impelido por fuerza misteriosa y moviéndose automáticamente, llega á su casa. No está su hija. No importa. Todo está en orden, reflejando la mano cuidadosa que lo arregla y dirige. El retrato de Carmen se destaca en una de las paredes, descubriéndose en él cierto aspecto sombrío por las tintas del crepúsculo; sobre la mesita hay un ramo de flores mustias. Transcurren lentamente minutos de infierno, que parecen no acabar nunca, y Carmencita no está, y Carmencita no llega.

Un grito de sorda desesperación, subiéndole del corazón á la cabeza, lo arroja de su casa, donde se ahoga, y allá va cruzando calles, sin ver nada, guiado por un instinto misterioso que le lleva no sabe dónde, y anda y anda. Allá en las afueras, una lucecilla que titilaba rompiendo las sombras de la noche le indicó el término de su calvario, y sin dificultad alguna penetró en aquel recinto de dolores, asiento de miserias humanas.

Un mechero de gas, pendiente del techo, alumbraba débilmente cuatro paredes, salpicadas de sangre, produciendo una obscuridad con penumbra de cementerio. Y allí estaba ella, sí. Ya no había duda que era ella. Rígida, con mueca de horrible fealdad en el rostro; preparada sobre la mesa; tendida en el tablero y ofreciéndose en espectáculo á unos cuantos curiosos que cuentan á un practicante la historia de la infeliz:

—«Yo la conocí hace tiempo. Era hermosísima, formando un contraste extraño aquellos ojos en que se dibujaba una tristeza oculta, y la alegría en que quería aturdirse. Rodeada de cierto misterio, hacía más interesante. Recuerdo que un día, después de insistencia cariñosa acerca de sus pesares, me reveló algo que llegó á impresionarme profundamente; soy joven,—me decía,—tengo un padre amante que me adora, que quiso hacerme buena, pero ¡ay! que no me enseñó el catecismo... Y la pobre lloraba con arrepentimiento de Magdalena, falta de fuerzas para dejar la senda de la culpa. Aquello fué una revelación. El pobre hombre sentíase morir con el veneno que hacía poco había aspirado, emponzoñando la sangre de sus venas. Náuseas terribles hicieron vacilar todo su cuerpo, como si cerca de él se hubiera efectuado el desagüe de una gran



cloaca contenida mucho tiempo, dándole en el rostro el vaho de su cieno.

Por esfuerzo sobrehumano, y dominando el vértigo que le ciega, consigue reunir un aliento de energía galvanizado en sus entrañas, para preguntar al locuaz vigilante:

—Pero ¿está bien muerta?

—¡Oh, sí! certificaría la Academia de medicina en pleno.

—¡Gracias, Dios mío!—dijo, elevando sus ojos al cielo, y desapareció lentamente entre la multitud, agobiado por la carga de la gran pesadumbre.

RAFAEL FERNÁNDEZ ESTEBAN



LA SOSPECHA

Yo digo á ustedes que la sospecha toma á veces caracteres tales de realidad, que no dejan lugar á duda alguna.

—Entonces, ya es certeza.

—Pero es una certeza falsa. Mejor dicho, la sospecha se justifica indebidamente y da por resultado la desgracia de un individuo ó de una familia.

—Me parece que háy alguna exageración en eso.

—No lo crea usted, Ortega. Por una sospecha de ese género estuvo á punto de ocurrir una catástrofe en casa de un amigo de todos nosotros.

—¿A quién se refiere usted?

—A Suárez, á Ceferino Suárez. Allí está vivo y sano que no dirá lo contrario.

—Pero Suárez, el oficial segundo del ministerio, ¿cometió la necesidad de caer en una sospecha?

—Y tanto lo creyó y con tales tintas de verosimilitud la vió que, como he dicho, por poquito hay en su casa un terrible drama de familia.

Los cuatro caballeros que conversando estaban, sentados en la mesa del café de Fornos, no pudieron menos de mirar con asombro al que hablaba con tanta seguridad.

—¿Y qué fué lo que sucedió? — preguntó uno.

—Si se puede saber, — añadió otro.

—Ya lo creo que se puede saber, como que el mismo Suárez lo ha referido una porción de veces, lamentando las funestas consecuencias que puede tener una sospecha mal confirmada.

—Pues, cuente usted, González, cuente usted, — dijeron dos de los caballeros, llenos de curiosidad.

González acabó de beber el último sorbo de café, encendió un cigarro y dijo después:

—¿Recuerdan ustedes, especialmente usted, Ortega, que el año pasado estuvo mucho tiempo Suárez sin parecer por la oficina, en términos que llegó á decirse que le iban á declarar cesante?

—Es que estuvo más de dos meses sin parecer, y lo peor era que á veces el Director lo veía por la calle.

—Pues todo obedecía á lo mismo. A buscar la confirmación de una sospecha que pudo haberle costado muy cara. Ustedes saben que Suárez está casado con una mujer bellísima.

—Ya lo creo; Antoñita es tan hermosa de rostro como de alma. Conocí mucho á su mamá, y la educación que dió á su hija no pudo ser mejor.

—Pues ya ve usted, Ortega, con toda esa buena edu-

cación y con ser positivamente, como á dicho usted muy bien, una persona bellísima por todos estilos, estuvo á punto de ser asesinada por su marido.

—¡Cómo!

—¿Qué dice usted!

—Eso no puede ser.

—Vaya, chico, tú exageras.

Estas cuatro exclamaciones partieron casi simultáneamente de los labios de los cuatro compañeros de González.

Este se sonrió y dijo después:

—Nada más cierto, señores. Suárez sospechó, creyó, y gracias á que no tuvo valor para obrar con la rapidez que deseó en el primer momento. Figúrense ustedes que cuando se casó con Antoñita hubo, como hay siempre, oficiosidades que, creyendo hacer un bien, suelen producir males de gran importancia. Una de esas oficiosidades hizo saber á nuestro amigo que Antoñita había tenido relaciones con un primo suyo, sumamente calavera. Suárez no hizo caso de aquéllo, pero al año de casado, un día que, casualmente, salió del ministerio más temprano, le pareció reconocer á su mujer en una señora que bajó de un coche y entró en una casa de pobre apariencia. Estuvo vacilando sobre si llamar á Antoñita ó entrar resueltamente en la casa; pero no hizo lo uno ni lo otro, limitándose á tomar el número de la casa y del coche.

—Tonto fué, pudiendo haber salido de dudas en el primer momento.

—Hizo lo que quizás hubiéramos hecho todos en su caso. Como no tenía la seguridad de que fuese su mujer, no quiso hacer la plancha de que resultase una persona distinta de la que suponía. Se informó respecto á la casa, procuró ver al cochero, por si había conducido á aquella señora más de una vez al mismo sitio, y supo...

—Vamos, acabe usted, ¿qué fué lo que supo?

—Lo suficiente para hacerse el hombre más desgraciado del mundo. En primer lugar, que su mujer visitaba en el cuarto segundo, interior, á una familia que criaba un niño, cuya lactancia, amén de otros muchos regalos, pagaba Antoñita.

—¿Y Suárez no interrogó á su mujer sobre eso?

—Suárez hizo, vuelvo á repetir, lo que todos habríamos hecho. Empezó á observar, abandonó la oficina para espiar á su mujer, se apercibió de que en su casa había muchas faltas, para cubrir las cuales entregó

dinero en varias ocasiones, y si alguna vez hizo alusión á su mujer referente al punto que tanto frecuentaba, observó que palidecía, que se inmutaba y que procuraba cambiar de conversación.

—¡Demonio! pues sí que iba tomando carácter el negocio.

—Y tanto. Suárez creyó haber encontrado una pista; concibió la primera sospecha, trató de adquirir la certeza, y como las malas ideas parece que siempre están más dispuestas que las buenas á cruzar por la mente, vean ustedes por dónde se le ocurrió recordar al dichoso primito de quien le habló algún amigo oficioso. ¡Y lo que alambica el pensamiento cuando tiene por acicate la sospecha! Yo no sé cómo se las compuso, pero el caso fué que averiguó que el chiquillo por quien su mujer se interesaba, tenía diez y seis meses, precisamente el tiempo que hacía que Antoñita, según le dijeron, había estado gravemente enferma, por cuya

razón hubo que retrasar el matrimonio cuatro meses.

—Pues vaya usted apuntando coincidencias. Ya comprendo que Suárez estuviera dado á todos los diablos.

—¿Y nada le decía á su mujer? — preguntó Ortega.

—Ya lo creo. Como que hasta la llegó á amenazar.

—¿Y no confesó?

—La pobre Antoñita callaba como una mártir. Suárez se irritaba más por aquel silencio, y como veía que el dinero escaseaba y que las visitas de su mujer menudeaban á la casa en cuestión, llegó hasta dar pasos para intentar el divorcio.

—Pero, el primito...

—Eso era lo que no podía justificar, porque el primo estaba empleado en la aduana de



Cádiz y no se le había visto por Madrid hacía mucho tiempo. Suárez, disgustado, luchando entre el cariño que profesaba á su mujer y lo que juzgaba doblez y engaño de ésta, fué separándose del trato de sus amigos, alteró sus costumbres y, cuando estaba en casa, aquéllo era un infierno.

—Pues yo no aguanto tanto; lo digo francamente.

—Habría usted hecho muy mal, Ricardo. Y con esto volvemos al principio de nuestra discusión. La sospecha debe aclararse en seguida.

—Me parece que cuanto Suárez estaba viendo...

—Era mentira.

—¿Qué dice usted, González?—exclaman todos.

—Sí, señores, mentira. Y fué menester que las cosas llegaran á mayores, que se enterase un tío de Suárez, el senador á quien le debía el destino, para que todo se aclarase.

—Pero lo del primo y lo del chiquillo, y los gastos de Antoñita, y...

—Todo, todo era sumamente digno.

—Vaya, González, no diga usted eso.

—Lo repito. Un día se presentó en Madrid el senador y fué, como siempre, á casa de su sobrino. Por más que se le quiso ocultar, advirtió algo. Interrogó á Suárez y éste no tuvo más remedio que confesar.

—¿Y qué dijo el tío?

—Poco más ó menos, lo que yo he dicho á ustedes; que buscara la verdad antes de dejarse fascinar por las apariencias. Entonces llamó á Antoñita y la pidió explicaciones.

—¿Y las dió?

—Cumplidas. A los pocos días de haberse casado, recibió Antoñita una carta en que una pobre mujer, engañada por el mismo Suárez, se lamentaba del abandono en que la dejara con una criatura de cuatro meses. Añadía en la carta que viera de interesar á su marido para que no desamparase á su hijo, pues la infeliz criatura no tenía culpa de nada. Antoñita leyó muchas veces aquella carta, derramó bastantes lágrimas y no quiso entregársela á su esposo para evitarle la vergüenza que había de ocasionarle ver que su mujer sabía lo irregular de su proceder. Ella misma fué á ver á la madre abandonada y á la pobre criatura, y desde aquel momento nada les faltó. Se privaba de todo, y cuanto dinero tenía era para aquellas dos personas de quienes su marido había renegado—

—¡Valiente mujer! — exclamaron todos. — ¿Y qué dijo Suárez?

—¡Qué había de decir! Caer á los pies de su mujer y, confuso y avergonzado, pedirle perdón, mientras su tío le reprochaba los malos tratamientos de que hiciera víctima á su esposa y de lo que él mismo había sufrido, cuando todo podía haberse evitado enterándose de quién vivía en la casa visitada por su mujer.

—Es verdad. Si él hubiera entrado con un pretexto cualquiera en aquella casa, conocería á las personas que había en ella y la explicación habría sido lógica y natural.

—¿Y qué sucedió, entonces,

con el niño y la madre? — preguntó Ortega con avidez.

—El tío se hizo cargo de ellos, y la paz y la tranquilidad reinan, desde entonces, en casa de Suárez. Ya ven ustedes, en esto, un caso práctico de la sospecha que reviste caracteres de certeza, siendo completamente falsa.

—Cierto, — repuso Ortega; — pero éste es un hecho aislado que en la regla general de las sospechas no tiene aplicación.

—Ustedes dirán lo que quieran, pero yo digo y repetiré siempre, que residenciar una persona por una sospecha más ó menos vehemente, es muy dado á caer en el error para descender hasta la injusticia.

RAFAEL DEL CASTILLO

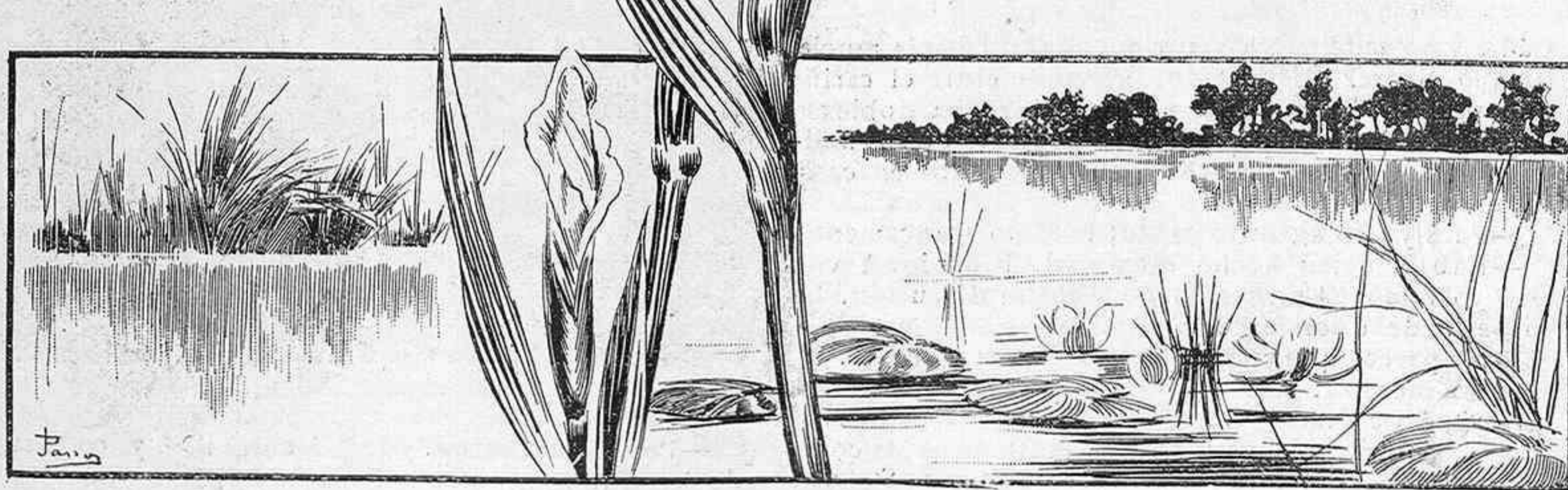
EL GLOBO Y EL HOMBRE

(FABULILLA)

Cuando se mueve el aire
tranquilamente,
hincha el globo, que sube
pausadamente;
pero si el aire es viento
que ruje airado,
el globo cae á tierra
desbaratado.

El amor propio al hombre
le dignifica;
mas si raya en orgullo
le perjudica;
es para sus deseos
fuerte muralla
y el hombre, como el globo,
no sube; estalla.

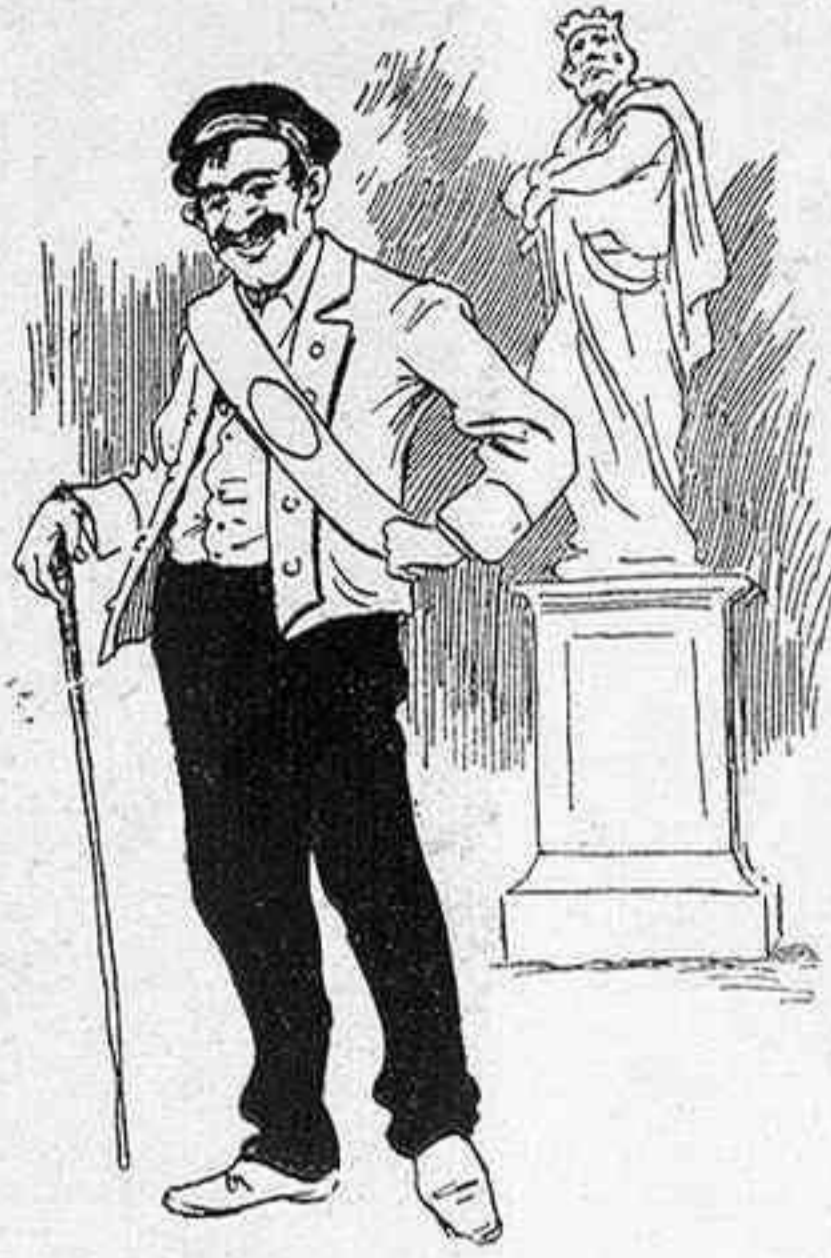
José RODAO



Orla de J. Passos.



Yo vivo en mi retiro.



Yo en el l. ro.

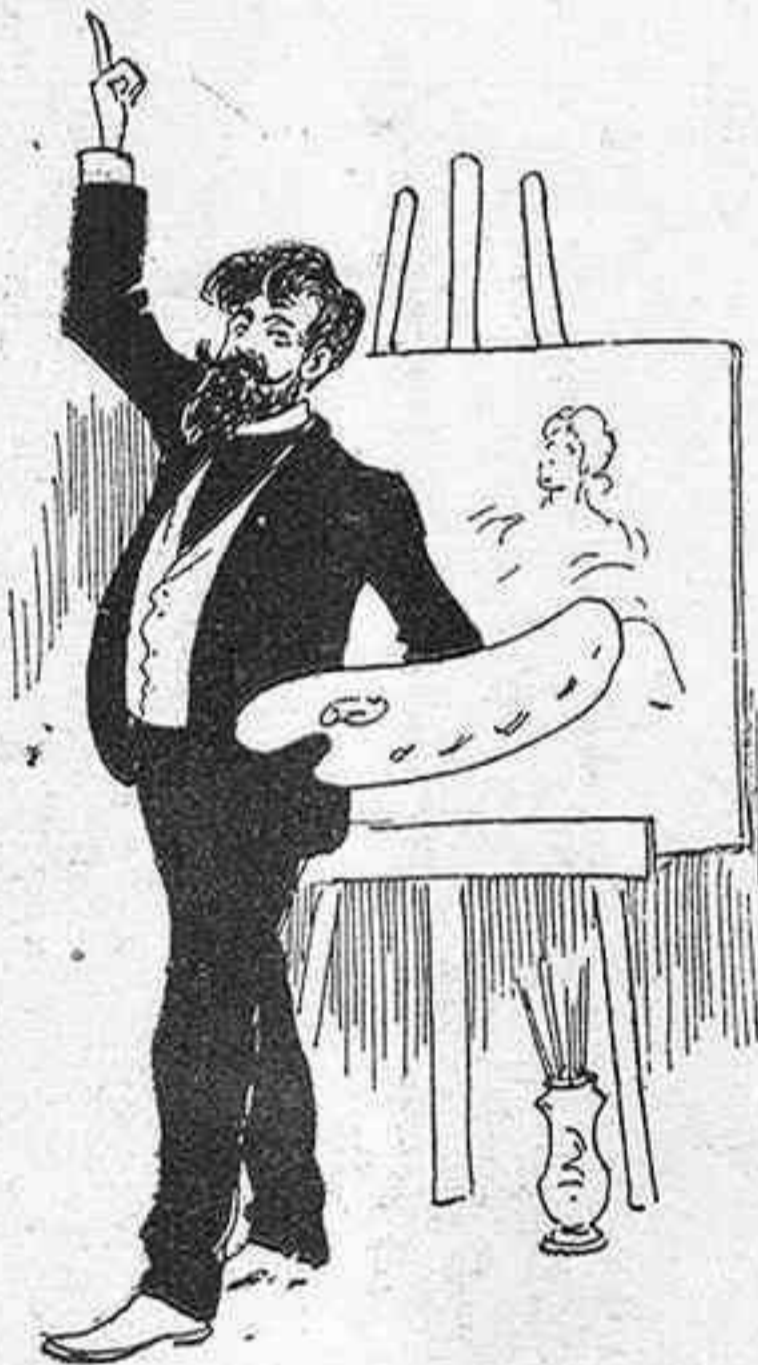


Yo de mi retiro.



PRESIDENCIA

En la gloria.



!!! De la gloria!!!



También de la gloria.



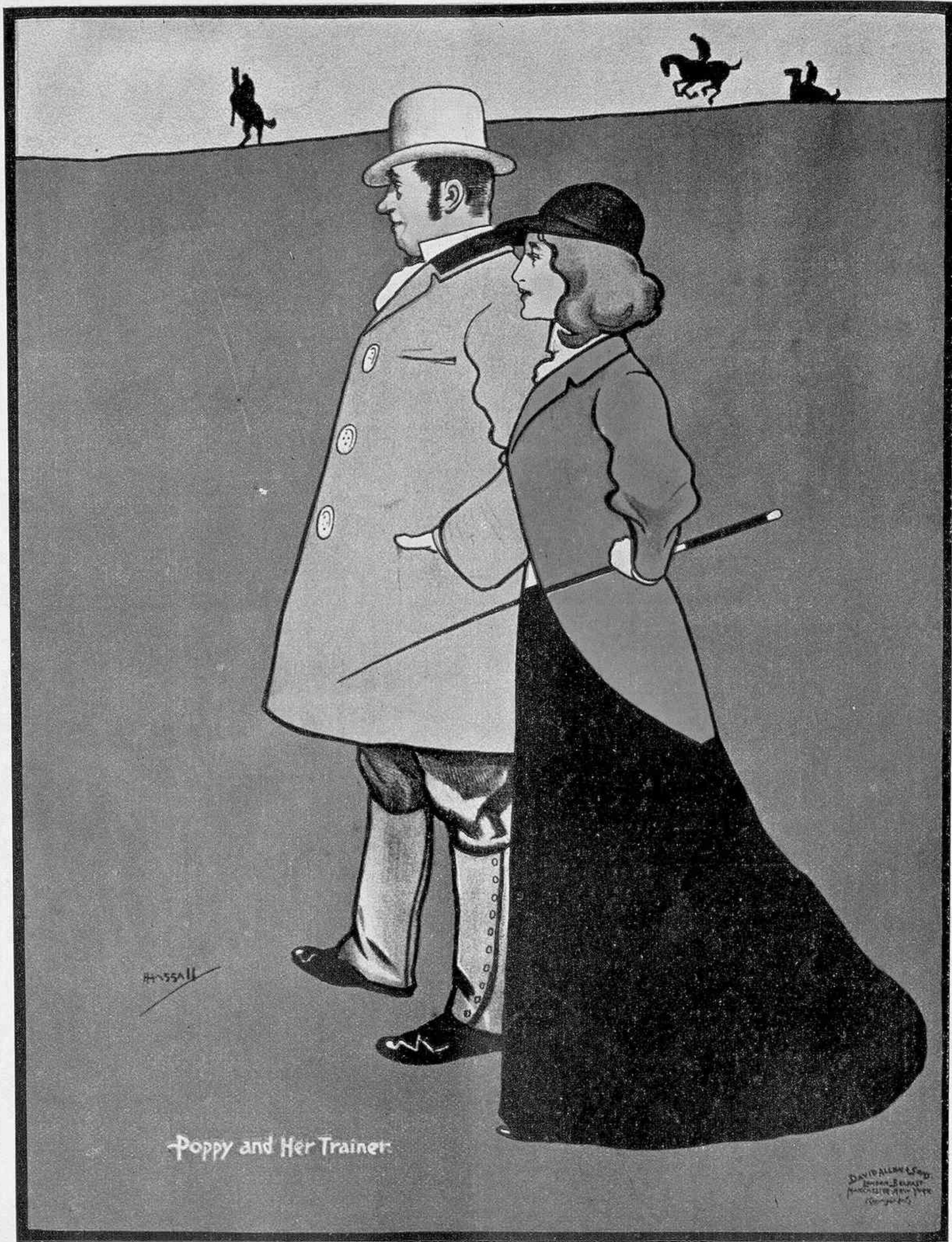
Del servicio.



En el servicio.



... y yo también.



Poppy and Her Trainer

NEWMARKET

SERIE 2.^a

NÚM. 14